

## *Una dura prueba*

No son buenos tiempos cuando volver a casa es una dura prueba. Ni era buen momento ir a Nueva York cuando ocurrió aquello. Mucho menos oportuno sería llamarse Ahmed en el instante en que ser sospechoso suponía presunción de ser terrorista islámico.

Siendo todo tan negativo, que el nombre completo de Ahmed fuera Ahmed Ahmed llevó las cosas a sus últimas consecuencias. Ya no era presunto. Sin abogados, ni juicios ni maneras; la injusticia de la sin razón, la justicia en tiempos de locura convirtió a Ahmed en un hombre con severos daños en su estado mental y emocional. Debido a la absoluta incomunicación sensorial a la que fue sometido las secuelas neuro-psicológicas le impedían, en la actualidad, concentrarse y pensar. Mantener el sentido del tiempo era una dura prueba.

Volvía a su casa de El Cairo. Tres años después de aquel 11 de septiembre. Las gestiones a las que acudía tuvieron que ser suspendidas, por causas obvias. El luto se había instalado en TODOS los habitantes del planeta. Todas las esperanzas puestas en el último trabajo se esfumaban, se hacían añicos.

Asido fuertemente al brazo de su hijo, Ahmed traspasó el umbral de la puerta, Manifestaba hipersensibilidad a todo estímulo externo. Cualquier ruido o luz de la casa le hacía detenerse, dudar hasta de su propia presencia. Al ver a la mujer que les recibía, esbozó una sonrisa. Un respiro dentro de la asfixia que le oprimía las entrañas. Aquella mujer le hacía sentir algo extraño. Surrealista. Extrañamente agradable.

Se soltó del brazo de su hijo y quiso atreverse a tocar, a ver y a oír, incluso algo que, agradable, amablemente, sonaba por algún rincón de la casa. Su mujer no dudaba. Lo estaba haciendo

muy bien. Le dejaba deslizarse por su reconquistada realidad. Lo real lo tenía entre sus manos; podía tocar los objetos, verlos y mirarlos. Podía sentir pero difícilmente discernir. Deslizaba las yemas de sus dedos por todos los objetos que encontraba a su paso. Supo, de repente, que lo que sonaba procedía del disco que giraba rítmicamente en el plato del equipo de música. Los latidos de su corazón se aceleraban sin poder controlarlos. No había dolor. Cogió la funda del disco que reposaba justo al lado del resto de los discos. El trabajo de toda una vida. La música había sido siempre su vida.

La obsesión se adueñó de Ahmed. Con la funda del disco entre las manos se dejó caer en el sofá que confortablemente le acogió entre los cojines que allí había. Miraba y veía. Pero algo pasaba en su cerebro que no le dejaba ir más allá. Quién era ese hombre que dirigía a aquellos músicos? Qué música tan maravillosa estaba oyendo que la sentía en lo más hondo de su ser?.

La mujer que le había hecho sentir buenas vibraciones, como una auténtica bailarina oriental y ataviada con los velos para dicha danza, hizo la entrada triunfal, que tres años atrás no llegó a realizarse. Bailó acompasadamente. Sensual. Real. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Ahmed. El hijo había abandonado la estancia. Y fue entonces, cuando después de sentir en toda la explosión de los sentidos a su mujer, hicieron el amor y bailaron y cantaron hasta que se dieron cuenta que el disco –que ellos habían creado junto con los músicos- giraba y giraba sin sonido alguno.